Anselm Grün

Respóndeme cuando te invoco

Salmos que acompañan mi vida

verbo divino

Respóndeme cuando te invoco

Anselm Grün

Respóndeme cuando te invoco

Salmos que acompañan mi vida

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Título original: *Wenn ich rufe, gib mir Antwort.*
Traducción: *José Pedro Tosaus.*
Texto bíblico de los salmos: *BTI (Biblia Traducción Interconfesional).*
Diseño de cubierta: *Francesc Sala.*

© 2009, Vier-Türme GMBH Verlag,
D-97359 Münsterschwarzach Abtei
© Editorial Verbo Divino, 2009
© De la presente edición: Verbo Divino, 2013
ISBN pdf: 978-84-9945-911-0
ISBN (versión impresa): 978-84-8169-991-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Contenido

Introducción 11

Salmo 1
Dichoso el que se alegra en la ley del Señor 15

Salmo 4:
¡Oh Dios, mi salvador! 19

Salmo 8:
¡Qué grande es tu nombre en toda la tierra! 23

Salmo 19:
Los cielos proclaman la gloria de Dios 25

Salmo 22:
Dios mío, no te quedes lejos 29

Salmo 23:
Nada me falta 33

Salmo 24:
Del Señor es la tierra y cuanto la llena 37

Salmo 25:
Dios mío, en ti confío 41

Salmo 27:
Tu rostro estoy buscando 45

Salmo 30:
Tú, Dios mío, me has curado 49

Salmo 31:
En ti me refugio 53

Salmo 34:
Su alabanza está siempre en mi boca..... 59

Salmo 36 :
En tu luz vemos la luz 63

Salmos 42 y 43:
Envía, oh Dios, tu luz y tu verdad 67

Salmo 47:
La grandeza de Dios es inmensa 71

Salmo 65:
Tú, oh Dios, eres nuestra salvación..... 75

Salmo 67:
Haz brillar tu rostro sobre nosotros..... 79

Salmo 72:
Amén, amén..... 81

Salmo 84 :
Mi alma te desea y te anhela 85

Salmo 85:
Concédenos tu salvación 89

Salmo 88:
¿Por qué me ocultas tu rostro? 93

Salmo 89:
Firme está en los cielos tu fidelidad..... 97

Salmo 91:
Sí, tú eres mi refugio 103

Salmo 95:
Venid, adorémosle..... 107

Salmo 96:
Pregonad su salvación día tras día 111

Salmo 97:
Alabadlo, él es santo 115

Salmo 98:
Sí, él hace maravillas 119

Salmo 100:
Su bondad perdura por siempre 123

Salmo 103:
No olvides el bien que él te ha hecho..... 125

Salmo 104:
¡Dios mío, qué grande eres! 129

Salmo 107:
Eterna es su bondad 135

Salmo 113:
¡Alabad su nombre! 141

Salmo 118:
Su amor es eterno y me da anchura 145

Salmo 121:
Él te protege 149

Salmo 126:
Creíamos estar soñando 153

Salmo 130:
¡Escucha mi voz! 157

Salmo 139:
Tu diestra me sostiene..... 161

Salmo 143:
Extiendo mis manos hacia ti..... 165

Salmo 145:
Cantaré tus maravillas 169

Salmo 146:
Alabaré al Señor mientras viva 173

Salmo 150:
¡Aleluya! 177

Introducción

Hace 44 años que rezo y canto varias veces al día los salmos. En el noviciado, estas plegarias veterotestamentarias me resultaban difíciles. Pero gracias a las interpretaciones de la oración sálmica que aprendí con mi maestro de novicios, el padre Augustin Hahner, y con el padre Notker Füglister, inolvidable especialista en Antiguo Testamento, he ido entendiendo los salmos cada vez más.

La práctica diaria de la oración sálmica me demuestra que los salmos nunca me resultan aburridos. Para mí son poemas que me ofrecen las palabras con las que puedo expresar ante Dios mi propia situación. Y me proporcionan palabras para orar por las personas cuyos apuros me conmueven y para presentar ante Dios su situación carente de esperanza.

Los salmos me conducen a los abismos de mi propia alma y ahí ponen al descubierto esas emociones y anhelos que continuamente encubro en medio del afán de la vida cotidiana. Además, me llevan siempre a la solidaridad con las personas que me rodean. Nunca puedo rezar los salmos sólo para mí, sino que me siento unido desde el principio a las personas a las que

esas palabras pueden aplicarse perfectamente. Al hacer esto, los acentos se desplazan: a veces los salmos me empujan a poner sin miramientos ante Dios mi propio estado de ánimo interior; otras veces, con las mismas palabras debo pensar en otras personas.

Un pensamiento que ya san Agustín subrayaba una y otra vez y que Godehard Joppich, nuestro director de coro y organista, expuso de manera impresionante en su introducción a la liturgia de la Semana Santa, me acompaña continuamente al orar con los salmos. Es el pensamiento de que Cristo mismo rezó los salmos. Y de que, cuando hoy rezamos los salmos, los rezamos con Cristo. Cuando rezo, pues, los salmos, me siento cercano al corazón de Jesús. Entiendo su anhelo de volver al Padre y, al mismo tiempo, la difícil situación que padeció a manos de la gente. Rezo los salmos junto con Jesús, contemplo el mundo con él. Y en la oración entiendo a Jesús cada vez más. Me siento interiormente unido a él. Esta manera de rezar los salmos está perfectamente respaldada por la Biblia, pues, como judío que era, Jesús rezó los salmos. Los evangelistas indican esto explícitamente al poner en boca de Jesús en la cruz los salmos 22 (Mateo y Marcos) y 31 (Lucas).

En la tradición benedictina, antes y después de cada salmo cantamos una antífona que pue-

de estar tomada del salmo mismo o bien estar relacionada con el misterio de la fiesta que se celebra. La antífona explica el salmo. Indica su tema principal o lo interpreta desde el misterio de la fiesta. Con ella podemos entender el salmo como una explicación de la fiesta.

Desde tiempos inmemoriales ha existido otra tradición que Godehard Joppich retomó de nuevo para el *Libro de las alabanzas*: el salmo no lo canta de manera alterna el coro, sino que lo recita sólo el chantre. La comunidad responde a cada versículo del salmo con un estribillo (*responsum*), una breve línea tomada del salmo. Así, con esta única línea, la comunidad interpreta el salmo y lo reza. Y mediante la constante repetición de esa frase procura interiorizar cada vez más profundamente sus palabras, de manera que las palabras del salmo permanezcan en el corazón y lo transformen cada vez más.

Las meditaciones sálmicas del presente libro las he escrito para el *Libro de las alabanzas*. Por eso, voy a interpretar siempre el salmo desde esa breve línea que la comunidad repite. Así, estas meditaciones no pretenden explicar el salmo en su conjunto. Se contentan con considerar uno de sus aspectos, a saber, cómo se ha de entender desde el tiempo festivo en que se canta y desde la línea que se repite. Pero,

precisamente, estas breves meditaciones pretenden invitar al lector y a la lectora a contemplar y meditar los salmos, en lo sucesivo, con sus propios ojos.

Dichoso el que se alegra en la ley del Señor

Salmo 1

[1] Dichoso quien no sigue el consejo de los malvados,
ni en la senda de los pecadores se detiene,
ni en compañía de los necios se sienta,
[2] sino que se complace en la ley del Señor,
sobre la que reflexiona día y noche.
[3] Es como un árbol plantado junto al arroyo:
da fruto a su tiempo y no se secan sus hojas;
consigue todo cuanto emprende.
[4] No ocurre así a los malvados,
paja que el viento arrastra.
[5] No vencerán los malvados en el juicio,
ni los pecadores en la asamblea de los justos,
[6] pues el Señor protege la senda de los justos
mientras la senda de los malvados se desvanece.

En el primer salmo se indica el tema de todo el salterio. Quien toma en sus manos los salmos y los reza, reflexiona día y noche sobre la ley de Dios. Y se complace en la ley del Señor. Al ser humano le hace bien orar. Quien ora se asemeja a un árbol plantado junto al arroyo que da fruto a su tiempo. La oración da fruto en la persona. La hace florecer. En virtud

de ella, el ser humano entra en contacto con la vida que Dios le ha regalado. Y sus hojas no se secan. Lo que la oración enciende no es un fuego de paja, ni un fruto efímero que desaparece rápidamente.

Los salmos tienen otro efecto más en el orante: "Consigue todo cuanto emprende" (Sal 1,3). Ante esta promesa reaccionamos con escepticismo. Pese a nuestra oración, continuamente hemos experimentado que muchas cosas no nos salen bien. No obstante, la promesa permanece. Con la oración nos aseguramos de que nuestra vida tendrá éxito. Quizá tenga éxito de una manera diferente a como nosotros nos lo hemos imaginado, pero saldrá bien.

Para exponer más claramente el efecto sanador y fructífero de la oración, el salmista utiliza el recurso del contraste. Quien no se preocupa de la ley del Señor ni se lanza a la oración es como "paja que el viento arrastra" (Sal 1,4). Se convierte en un juguete a merced de las opiniones y los avatares del mundo. El orante debe tener presente continuamente que Dios conoce su camino. Cuando el orante piensa en Dios, Dios también piensa en él. Hace que Dios se acuerde de él, por decirlo así. Naturalmente, sabemos que Dios piensa en nosotros incluso sin la oración, pero al rezar ponemos esta conciencia en el interior de nuestro corazón. Así,

nuestra oración lleva aparejada una promesa. Quien ora así, es dichoso, es feliz. Su vida tiene éxito. Se pone en armonía consigo mismo. La oración no es, sin embargo, pensar brevemente en Dios, sino más bien reflexionar sobre la ley de Dios día y noche. Los salmos tienen que determinar nuestro pensar incluso cuando no rezamos. En cada instante deben dirigir nuestra mirada a Dios, para que desde él sea fecunda nuestra vida.